1834

ENRIQUE PRIETO y RICARDO VALERO

CASABLANCA

EPISODIO MELODRAMÁTICO

en un acto y tres cuadros, en verso, original

MÚSICA DEL MAESTRO

JOSÉ FONRAT

Copyrigth, by Enrique Prieto y Ricardo Valero, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

ENRIQUE PRIETO Y RICARDO VALERO

CASA BLANCA

CASABLANCA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* són los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

CASABLANCA

EPISODIO MELODRAMÁTICO

en un acto y tres cuadros, en verso

ORIGINAL DE

ENRIQUE PRIETO y RICARDO VALERO

música del maestro

JOSÉ FONRAT

Estrenado con éxito extraordinario en el TEATRO BARBIERI de Madrid, la noche del 25 de Octubre de 1907

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUPL.°

Teléfono número 551

—

1907

A los artistas que la estre-
naron, les dedican esta obra

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ZILDA (hebrea).....	Srta. Cañete.
PULGARILLO (corneta).....	Vergara.
TEODORO (capitán español).....	Sr. Angoloti.
RENÁN (capitán francés)	Llorens.
MIGUEL (asistente de Teodoro).....	Serrano.
ABD-EL-AMIR (jefe moro cabileño).....	Enciso.
BENATAR (hebreo, padre de Zilda).....	Cacel.
OMAR (moro al servicio de Abd-el-Amir).....	Arribas.
MORO 1.º.....	Rodríguez
IDEM 2.º.....	Alfambra.

Moros cabileños y soldados españoles

La acción en los alrededores de Casablanca.—Época actual

TÍTULOS DE LOS CUADROS

Cuadro primero. — El Campamento español.
Cuadro segundo. — La sorpresa.
Cuadro tercero. — La victoria.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Campamento español á orillas del mar. A la izquierda en primer término la tienda de campaña del Capitán Teodoro, practicable y abierta por el frente que da al público. Dentro una mesa tijera y dos sillas lo mismo. Es la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

PULGARILLO, MIGUEL y algunos SOLDADOS. Al levantarse el telón, los soldados rodean á Miguel con gran algazara

Música

CORO — Que se cante Pulgarillo
y se toque Miguelillo.

MIG. — Ya os he dicho, voto á sanes
que difícil va eso á ser.

CORO — La razón necesitamos,
pues si no, no te dejamos.

MIG. — Pues no canto porque tengo
dos *Juanitos* en los pies.

CORO — No seas perezoso,
no seas remolón,
y coge la guitarra
y alegra la reunión.
Ya que ahora estamos libres
entónate un tanguito,

674112

pa que lo cante y baile
el Pulgarillo.

PUL. Pues tanto os empeñais
al punto vais á oir
el tango del Cocodrilo
que da que sentir.

CORO Pues anda ya con él.

PUL. No me hago de rogar.
Poned atención, muchachos,
porque empiezo ya.

(Miguel toca la guitarra. Todos acompañan con palmas á Pulgarillo que se pone en medio.)

PUL. Era un coco, era un coco, era un coco
era un coco-drilo,
que á las ni, que á las ni, que á las niñas
las tenía en... vilo.
El cocodrilito
era un bicho chiquito,
que á la orilla del agua
meneaba el rabito.
Le vió una chiquilla
que era muy remonilla,
y al ponerse á su lado
la infeliz lanzó un grito.

CORO ¿La mordió?

PUL. Sí, señor.

CORO ¿Dónde?
Pues...
en el co...
en el codo del brazo derecho,
y se le inflamó.

(Baila Pulgarillo y todos le jalean.)

Hablado

PUL. Bueno, deja la guitarra,
que puede venir el cabo,
y si nos ve tan contentos
mientras que los de allá abajo
les están batiendo el cobre
á esos terribles morazos,
le va á dar parte al teniente
y ya tenemos pa rato.

MIG. Dices bien.
PUL. ¿Y eso es prudente?
¿Quieren que estemos llorando?
¿No es preferible que alegres
estemos siempre, muchachos?
¿No es verdad, Miguel?
MIG. Pues claro.
Deja que entremos en fuego
nosotros, verás si el tango
y la guitarra se acaban.
Pero, ¡qué diantre! Entre tanto
que eso llega, á divertirse.
¿Que el francés anda á porrazos?
Muy bien. Así como así
eso nos importa un rábano.
¿A qué hemos venido aquí?
Pues á nada. A pasearnos.
A lucir el uniforme
y á que nos den dos trastazos,
por meternos en camisa
de once varas.
SOLD. 1.º Bien hablao.
MIG. Que el Sultán llore ó se ría,
á mí me tié sin cuidao.
En lo que no estoy conforme
es en que ese mentecato,
tenga las hembras que tiene
pa su solaz, mientras tanto
que nosotros no podemos
tener más que tres ó cuatro,
y eso siendo uno muy vivo.
Vamos, eso no lo aguanto.
Aquí hacen falta mujeres
pa... guisar, pa repasarnos
la ropa deteriorada,
pa lavar de cuando en cuando,
y hacernos... entrar en fuego
que bien lo necesitamos.
¿He dicho bien?
SOLD. 1.º ¡El delirio!
MIG. Yo tengo fama de bravo
y me duele estar así
siempre de brazos cruzaos,
pudiendo estar en el pueblo

á la orilla del barranco
cazando pájaros con
la hija del tío Gusarapo,
que es aficioná á las aves
y tiene, chicos, un pájaro...
que yo la cacé una tarde,
que vale un mundo.

PUL. Muchachos,
no hacerle caso maldito,
que miente con el descaro
más grande que se conoce.

MIG. ¿Pues y tú?

PUL. ¿Yo, qué zanguango?

MIG. ¿No me dijiste que un día
entraste sólo al asalto
en un ingenio?

PUL. Verdá.
Os voy á contar el caso.
Esto fué cuando la guerra
de Cuba, va á hacer un rato.
Estaba yo en Guanaqueche
una noche de verano
afiliao á una columna,
descansando de los malos
días que allí se pasaban,
cuando cierto ruido extraño
me despierta. Doy un brinco,
y me encuentro á dos negrazos
qne me atenazan al punto.
Yo quiero gritar, y el diablo
sin duda sin voz me deja.
Me trincan aquellos bárbaros
y me llevan á un ingenio,
que estaba de allí dos pasos.
Yo supuse que era el fin
del mundo. Mas ni pensarlo.
Una vez ya en el ingenio,
que era un soberbio palacio,
me meten en un salón
que daba gusto mirarlo.
Me dejan sólo, y á poco
la puerta se abre y da paso
á una gachí... ¡Qué mujer,
chicos! Con unos ojazos,

y unos brazos al desnudo,
y al desnudo... otros *ostáculos*
que, vamos, me quedé tonto.
Coge un sillón, y á mi lado
se coloca. Yo me arrimo,
se arrima ella más... y *el caos.*
Fija en mí sus negros ojos,
y sus finísimas manos
acarician mi cabeza.
Yo de un salto me levanto,
quiero gritar y no puedo.
Ella á su vez da otro salto,
me coge por la cintura,
me rodea con sus brazos,
y cuando ya iba á abrazarla
loco de amor... ¡'af!

(Da un golpe al soldado que tiene cerca, el cual á su vez da otro salto y así los demás.)

SOLD. 1.º ¡Canastos!
SOLD. 2.º ¿Qué sucedió?
PUL. Sentí el golpe
de un terrible culatazo
que me despertó, y entonces,
pues vi que estaba soñando.
SOLD. 1.º Ya decía yo que tú...
MIG. Silencio, que viene mi amo.

(Todos se retiran á la derecha. Teodoro sale sin ver á nadie, entra en la tienda y se sienta.)

ESCENA II

DICHOS y TEODORO por la izquierda

SOLD. 1.º ¿Está triste el capitán,
no es verdad?
MIG. Eso he notao,
y no me explico la causa.
¡Rediez! Y cuidao que es bravo
y de buenos sentimientos.
PUL. Yo, lo mismo que á un hermano
le quiero, porque á él tan sólo
debo la vida.
MIG. Es un santo.

PUL. El me libró de aquel moro
que pudo hacerme pedazos,
á no ser por su presencia
y su certero disparo.
MIG. Vaya, chicos, á comer.
SOLD. 2.º Ya va habiendo ganas.
TODOS Vamos.
MIG. Pues yo voy á ver si puedo,
que no lo sé.
SOLD. 2.º ¿Tienes pánico?
MIG. Lo que tengo es un flemón
más grande que ese cacharro.
(Vase Miguel y los Soldados por la derecha.)

ESCENA III

TEODORO y PULGARILLO

PUL. (Asomándose á la puerta de la tienda.)
Sigue triste. Yo, aun á riesgo
de que me pegue un trastazo,
he de conocer la causa.
de su tristeza, ¡qué diablos!
(Mira á todos lados y entra en la tienda.)
Mi capitán, buenas tardes.
TEOD. ¿Quién es? ¡Ah! ¿Eres tú, muchacho?
¿Qué es lo que quieres?
PUL. Pues... verle.
TEOD. ¿Sabes con quién hablas?
PUL. ¡Claro!
Con mi salvador. Un hombre
con un corazón, tamaño
como esta tienda... y perdone
el modo de compararlo.
TEOD. Bueno, abrevia. ¿Qué deseas?
PUL. Que le encuentro preocupao,
y esto, la verdad, me tiene
que ni como ni descanso
hasta conocer la causa
de su mal. Y que me mato
con aquel que á usté le ofenda,
eso, sépalo muy claro,
por más que soy un chiquillo.

¿Ha tenido usté un mal paso
con alguno de estas tierras?
Porque estos son bicharracos
que le dan á uno un disgusto
en menos que canta un gallo.
Dígamelo usted y al punto
le busco y le hago pedazos,
que por usted, todo aquello
que al alcance de mi mano
esté, soy capaz de hacerlo. (Llora.)
Anda, ¿pues no estoy llorando?

TEOD. Vamos, calla y no te aflijas,
no me pasa nada malo.

PUL. ¡No es verdad! Usted me engaña.
En su cara estoy notando
que tiene usté alguna pena,
y yo no consiento, ¡vamos!
que nadie le mortifique.
Dígamelo usted.

TEOD. Muchacho,
tu interés estimo en mucho
y quiero á mi vez ser franco
contigo, que los dolores
hallan alivio contándolos,
y como sé que me quieres
verdaderamente...

PUL. Tanto
como á mi padre querría
si le tuviera á mi lado.

TEOD. Bien. Pues escúchame entonces.
Hace noches que paseando
por la orilla del mar, voces
de auxilio hasta mí llegaron.
Volví la vista y ví un grupo
formado por tres ó cuatro
moros, que ansiosos querían
llevarse de allí á un anciano,
al que abrazaba una joven.
¡Una judía! Un encanto
de mujer. Cogí el revólver
y disparé á los osados
que así llevarse querían
al hebreo. Fueron vanos
los intentos de los moros.

No consiguieron llevárselo
y huyeron. Cuando en seguida
con el pecho alborozado
por el placer de haber visto
á aquel viejo libre y sano,
á seguir me disponía
mi camino, sentí pasos
muy cerca, y ví que la hebrea
se aproximaba llorando,
que ante mí se arrodillaba
y me besaba las manos.
Desde entonces te confieso,
pobre niño, que un extraño
sentimiento en mí se agita
que en vano puedo explicármelo.
Solo sé que ni un intante
se me olvidan los encantos
de esa judía, y la veo
constantemente á mi lado.
¿Esto qué es, cielo divino!

PUL. (Pues que estás enamorao
como un viruta...) Usted sabe. .
(Nada, que yo se lo largo.)
¿Usted sabe lo que es eso?
Pues eso es que le ha flechao.
Nada, como se lo digo.
A mí no fué mora, claro,
fué una morena chipendi
de allá de los barrios bajos;
no me besó nada... pero
fué aquello talmente *el caos*,
y el corazón se me puso
más blando que un mantecao.
Pues lo mismo á usté le pasa.

TEOD. ¡Qué sé yo!

PUL. ¡Tengo un olfato!

ESCENA IV

DICHOS, MIGUEL con un portaviandas y una cestita. Es de noche

MIG. Mi capitán, la comida
y un notición soberano.
Se dice en el campamento

que mañana mismo entramos
en combate.

PUL. ¡Qué alegría!

MIG. ¡Le daba así un cacharrazo!
¡Pues no se alegra el zoquete!

TEOD. Bueno, dejadme y marchaos.

MIG. Sírvase, mi capitán
y coma, que mientras tanto,
comiendo todo va bueno,
pero no comiendo, malo.
Y tú, ¿qué haces ahí, eh?
Cuidao que es desvergonzao
este muñeco. De charla
como con un amigacho.

PUL. Anda y saca lo que sobre.

MIG. ¿Pa tí? Lo estaba pensando.
(Pulgarillo sale de la tienda.)

TEOD. Ya te lo puedes llevar.
No tengo ganas.

MIG. ¡Mi amo!
Va á morir de indigestión
de no comer ná. Me marcho,
que está de muy mal humor
y es fácil que suba al alto
la bota y me dé... en el sitio
donde él está acostumbrao.
(Sale fuera y se sienta en el suelo.)
Bueno, vamos á comer,
que yo también soy cristiano,
y los cristianos tenemos
ganas como el mejor guapo.

PUL. Oye tú. No se te olvide.

MIG. ¿El qué?

PUL. Pues darme un pedazo
de cualquier cosilla de esas
que tienes en ese plato.

MIG. Hombre, mira. No quería
que me ayudases, pero hago
que no lo veo. Emprencipia
y ten pa luego un cigarro.
Son muy buenos. Solo yo
y el capitán los fumamos
y los pagamos á medias,
aunque yo no doy un cuarto.

(Se oye un toque de corneta, Miguel asustado, lo recoge todo y se levanta.)

PUL. Pero chico, ¿qué te pasa?
MIG. ¡Rediez! ¡Que me han asustao!
No puede uno ni comer.
PUL. ¡Mira!
MIG. ¿Quién?
PUL. ¡El moro!
MIG. ¡Huyamos!

(Miguel vase corriendo y Pulgarillo detrás riéndose. Oscuro. Efecto de luna.)

ESCENA V

TEODORO, y á poco ZILDA

Música

(Se queda la escena sola y se oye otra vez el toque de silencio más lejano.)

TEOD. Su imagen seductora
de mí no se separa.
Aun viendo estoy su cara,
su vista fija en mí.
Aquel mirar de fuego,
aquel triste semblante,
no puedo ni un instante
¡ay, Dios! quitar de aquí.
¡Pobre infeliz!
¿Por qué el amor tortura
mi pecho así?
Si por mi mal,
no he de volver ¡ay, mísero!
á verla más.

(Se queda reclinado sobre el velador.)

ZIL. (Saliendo con precaución por la derecha.)
Nadie hasta aquí
llegar me vió,
y sin embargo ¡ay, triste!
temblando estoy.
¡Tú, Jehová,
inspírame,
para que lo que ansío
pueda obtener!

—

Adonde voy no sé
ni sé á quién preguntar
en dónde hallar podré
al bravo capitán.
Si doy con él al fin,
que es toda mi ambición,
podré cifrar así
Mi anhelo y mi ilusión.

—

TEOD. (Soñando.)
Angel divino,
preciosa hurí,
mi voz escucha,
no huyas de mí.
ZIL. ¡Qué es lo que veo!
(Mirando á la tienda.)
¡El es! ¡Oh, Dios!
Ya mi tormento
por fin cesó.
Mas gente llega.
¿Qué voy á hacer?
Aquí si acaso
me ocultaré.
(Entra en la tienda.)
PATRULLA (Cruzando por el foro muy despacio.)
El campamento
tranquilo está.
Vamos nosotros
á patrullar.
(Desaparecen por la derecha.)

—

ZIL. (Asomándose.)
Ya pasaron los soldados.
Nada tengo que temer.
TEOD. (Despertando sobresaltado.)
¿Eh? ¿Quién va?
ZIL. ¡Cielo divino!
TEOD. ¡Ella!
ZIL. ¡Sí! ¡Calla!
TEOD. ¡Oh, placer!
¿Es verdad ó es un ensueño
lo que sucediendo está?

Habla pronto, no te calles.
Dí, por Dios, que es realidad.

—

ZIL. A tí, cristiano,
te vengo á ver,
á tí en quien solo
cifro mi bien.
Oye mis ruegos
puesto á tus pies.
No me abandones;
ampárame.
TEOD. En tal ventura
y en dicha tal,
nunca en la vida
pude pensar.
Levanta y habla
y hazme feliz
que soy de todo
capaz por tí.
ZIL. Calla.
TEOD. Es la ronda
que vuelve ya.
PATRULLA (Dentro.)
El campamento
tranquilo está.
ZIL. (Viéndola salir.)
Pasan de largo.
TEOD. No te verán.
PATRULLA (Cruzando la escena y desapareciendo por la izquierda.)
Vamos nosotros
á patrullar.

Hablado

TEOD. Ya se alejó la patrulla.
En vano el temor te aqueja.
ZIL. Tengo miedo.
TEOD. Mientras te halles
á mi lado, nada temas.
ZIL. Ya sé que sois los cristianos
muy nobles. Por eso, ciega
de placer, vine á buscarte.

Por eso ufana y resuelta
penetré en el campamento
burlando á los centinelas
y aquí á tus plantas mé tienes.
Por eso Zilda, la hebrea,
es tu esclava desde ahora:
manda y haré cuanto quieras.

TEOD. ¿Tú, mi esclava? No, levanta
y sé conmigo sincera.
¿A qué vienes á buscarme?
¿Qué es lo que de mí deseas?
Dilo. Porque me parece
que adivino, Zilda bella,
cuanto sientes en tu pecho
y eso de placer me llena.

ZIL. Tú sólo eres mi esperanza,
De tí esta mártir espera
su salvación, su ventura,
su bienestar en la tierra.

TEOD. Tuyo soy en cuerpo y alma.
Habla y dime lo que anhelas
de mí, pues no hay sacrificio
que no realice, ni empresa
que no acometa orgulloso
como consiga con ella
consolar tu amargo llanto,
alejar de tí las penas.

ZIL. Pues bien, oye lo que quiero
y espero de tí. Muy cerca
del campamento y oculta
entre la enramada espesa
hay una torre en que habita,
ó se guarece, una hiena;
un moro sin corazón
de la kabila de Angera
que se llama Abd-el-Amir.
Ayer las tropas francesas
sostuvieron un combate
con las hordas kabileñas,
y en poder de ese malvado,
en las garras de esa fiera
cayó preso un capitán.
Sé que en su torre se encierra,
que va á ser en breve víctima

de sus rencores y es fuerza
ver el medio de salvarle,
cueste lo que cueste.

TEOD. Sea.
Es un compañero de armas,
es un hermano, y la empresa
hay que acometerla al punto.

ZIL. Gracias, cristiano. Con esas
consoladoras palabras
que en mi corazón penetran
la tranquilidad me vuelves.

TEOD. ¿Tanto el francés te interesa?

ZIL. Si le adoro con locura,
¿cómo quieres que consienta
en que ese infame le inmole?

TEOD. ¿Que tú le amas?

ZIL. Con fe ciega
desde que en Argel ha un año
nos conocimos. ¿Qué piensas?
¿Te incomoda por acaso
que te hable con tal franqueza?

TEOD. No.

ZIL. Pues entonces, cristiano,
¿qué tienes?

TEOD. Nada.

ZIL. ¿La empresa
te inspira recelo?

TEOD. ¡Nunca!
Y para mí es una ofensa
que digas tal. Que me sobran
alientos para emprenderla
y soy capaz ahora mismo
de asaltar la madriguera
de ese tigre sanguinario
y arrebatarle su presa,
aunque entre sus garras deje
si es preciso la existencia.

ZIL. Si es así y á complacerme
estás dispuesto, no pierdas
la ocasión y ven conmigo,
que el tiempo, cristiano, vuela.
Yo conozco de la torre
una escondida poterna
por la cual penetraremos;

y dentro ya, nada temas;
que por suerte ó por desgracia
viví largo tiempo en ella
al servicio de ese tigre
y sé bien lo que ella encierra.
(Se oyen voces dentro.)

TEOD. Calla.
ZIL. Esas voces...
TEOD. Silencio
y no salgas de la tienda.
ZIL. ¿Qué será, Jehová divino?
MIG. (Que sale empujando á Benatar, á quien traen sujeto Pulgarillo y cuatro soldados.)
No vale la resistencia.
PUL. A Santa Olalla con él
y él dispondrá lo que quiera!
SOLDADOS ¡Muera el espía!
TEOD. (Que habrá salido de la tienda.)
¿Qué es eso,
Miguel? ¿Qué voces son esas?

ESCENA VI

DICHOS, BENATAR, MIGUEL, PULGARILLO y SOLDADOS

MIG. Es un maldito judío,
que pensaba con sus tretas
burlar nuestra vigilancia...
y para que no se fuera...
PUL. ¡Es un espía!
ZIL. (Saliendo.) ¿Mi padre?
TEOD. ¡Zilda!
ZIL. No lo es. No lo creas.
MIG. (¡Vaya una moza, gacholi!)
PUL. (¡Chico, valiente habichuela!)
ZIL. Porque no nos vieran juntos
le mandé quedarse fuera
del campamento, y por eso...
Si hice mal, que sólo sea
yo quien merezca el castigo,
¡mi padre, no!
TEOD. Nada temas.

BEN. ¡Señor! (Arrodillándose y besándole las manos.)
TEOD. ¿Qué hacéis?
ZIL. Que urge el tiempo,
capitán.
TEOD. (¡Oh, suerte adversa!
¡Y he de ser yo mismo quien
á sus brazos la devuelva!
¡Oh, sí, mi dèber es ese,
suceda lo que suceda!)
Miguel y vosotros dos
seguidme. Tú aquí te quedas,
y ojo conque á nadie digas
que estoy fuera de la tienda.
PUL. ¡Pero, capitán!...
TEOD. Lo dicho,
y ni una frase siquiera.
PUL. Si es que me da el corazón
que va usté á meterse en juerga
con los moritos, y eso es
lo que no me gusta, ea.
Yo quiero estar á su lao,
yo quiero verle de cerca,
porque si le pasa á usté algo
y no lo sé y me lo cuentan,
estiro también las patas
del berrinche y... *seculeran.* (Llorando.)
TEOD. Nada de eso, Pulgarillo.
Por mi suerte nada temas
y adiós. (Abrazándole.)
PUL. Vaya usté con él.
(Llorando cómicamente.)
TEOD. ¡Vamos, y Dios nos proteja! (Vanse.)
PUL. Y yo me quedo solito
y así con la boca abierta.
¡Cá, pa el gato! Yo me largo
tras ellos y lo que sea
de unos será de los otros.
Como algún morito quiera
hacerle pupa, ¡ay, mi madre!
le corto las dos orejas
y asina que vuelva á España
se las regalo á mi Petra
como prueba de cariño
y similitud... ¡Por estas! (Vase corriendo.)

CUADRO SEGUNDO

Bosque corto. Al fondo derecha una pequeña fortaleza. Al pie de la torre una puertecilla casi cubierta por los arbustos. A la izquierda una gran chumbera.

ESCENA VII

ABD-EL-AMIR y cuatro Moros. PULGARILLO, oculto

ABD. Nada, la paz no es posible.
Si Abd-el-Azis, fija en Francia
tiene su vista, los hijos
del Islam no quieren nada
con ellos y antes prefieren
sucumbir.
MORO 1.º Ya de eso tratan
en Rabat.
ABD. Pero el Sultán,
cuando llegue tendrá á raya
á todos los que esa idea
sin fundamento propalan
y veremos lo que se hace.
MORO 1.º El se entenderá con Francia,
tenlo por seguro.
ABD. Entonces
se alzará la guerra santa
y ¡ay de él y de los soberbios!
MORO 1.º La cabila de Zuata,
¿está conforme?
ABD. Conforme
y las otras comarcanas
y todas. Estoy seguro;
como que al rayar el alba
á la columna francesa
atacarán, ayudadas
por nosotros. Ya lo sabes.
MORO 1.º Muy bien.
ABD. Una fogarata

que producirá una hoguera
será la señal ansiada.
En el monte la veréis;
prevenid á la mehalla
que pronta se halle al combate,
que será rudo. Emboscadla
y volved vosotros cuatro
á esta torre, en que la entrada
se os dará con solo un golpe
que deis con las espingardas.
Yo os abriré.

MORO 1.º ¿El prisionero?

ABD. Con tranquilidad aguarda
la muerte. Mas su rescate
es mejor, si esa canalla
nos da el oro que pidamos
mañana mismo sin falta.
Alah quede con vosotros.

MORO 1.º Que el Señor contigo vaya.
(Vase Abd-el-Amir por la derecha.)

ESCENA VIII

DICHOS menos ABD-EL-AMIR

Música

SOLD. (Dentro y lejos.)
¡Alerta, centinela!

CENT. 1.º ¡Alerta! (Más lejos.)

CENT. 2.º ¡Alerta! (Más lejos.)

MOROS Aun los perros cristianos
están en vela.
Pero Mahoma es grande
y fe nos da.

SOLD. (Más lejos.)
Alerta, centinela.

SOLD. 1.º (Muy lejos.)
¡Alerta está!

—

MOHEZIN (Dentro.)
Creyentes del Muslin,

poned mucha atención
que el canto del Mohezin
os llama á la oración.

(Los cuatro moros elevan los brazos al cielo y caen al suelo boca abajo en oración.)

Por Oriente viene el día,
ya la noche huyendo va.
El nos trae con la alegría
las bendiciones de Alah.
¡Alah! ¡Alah!
á tus amantes hijos
tu gracia da.

MOROS ¡Alah! ¡Alah!
á tus amantes hijos
tu gracia da.

PUL. (Saliendo por detrás de una chumbera, con gran misterio.)

Magnífica ocasión
para salir de aquí.
Con qué satisfacción
les daba... que sentir.
Pero como que aún es tiempo
voy á hacer lo que he pensao,
que los míos están cerca
y los tres son muy templaos.

(Vase haciéndoles morisquetas cómicamente.)

MOROS ¡Alah! ¡Alah!
á tus amantes hijos
tu gracia da.

Hablado

MORO 1.º Bueno, basta de oraciones,
tengamos la gente lista
para volver á la torre
los cuatro y nuestra consigna
cumplamos como leales.
Que no ha menester que diga
nuestro señor que su gente,
cuando la ocasión precisa,
sus órdenes no obedece
con fe y decisión.

MORO 2.º Descuida.

MORO 1.º Vamos, pues, y que el Profeta
nos guíe. (Vanse por la izquierda.)

MIG. (Apareciendo por la derecha.)
¡Virgen Santísima!

ESCENA IX

MIGUEL y luego el MORO 2.º

¿Qué estoy viendo? ¡Cuatro moros!
Ahora sí que no hay tu tía,
Miguelillo, pues de fijo
si te ven, te decapitan
ó en eunuco te convierten
ó te empalan, que sería
lo peor después de todo.
Pero, no, que se las guillan.
¡Cobardes! Eso es que han visto
mi apostura terrorífica
y se han largado diciendo.
¡Este nos hace salchicha!
(Se oyen tiros y voces dentro.)
¡Ahí están ya! ¡Dios me ampare!
(Temblando cómicamente.)
¡Ya llegó mi último día!
¿Dónde he dejao el fusil?
(Buscando el fusil que lleva en la mano.)
Y uno viene. ¡Santa Rita!

MORO 2.º (Que sale corriendo y mirando atrás.)
¡Jaisú!

MIG. (Volviendo la cara atrás y apuntándole con el fusil al revés, temblando de miedo. El Moro, al verle, retrocede y se arrodilla implorando perdón.)
¡Atrás!

MORO 2.º ¡Jalá! ¡Jalá!

MIG. Y el infeliz se arrodilla.
¡Este me ha tomao por otro!
Pero, antes que se aperciba
hay que cogerle la acción.
(Adelanta hacia al Moro echándoselas de valiente y apuntándole con el fusil.)
¡No te menees ó espichas
como harpa vieja! ¿Qué veo?

(Mirando hacia fuera.)
¿No es Pulgarillo? Sí. Arriba
y echa atrás.
(Dándole con la culata y haciéndole levantar. El Moro va retrocediendo asustado.)

MORO 2.º ¡Jalá, jamé!

MIG. Sí, me jamé la partida
y soy más bravo que Drude,
que Olalla y toa su familia,
que Muley, Abd-el-Azis
y toda la morería,
desde Fez á Casablanca
de Mazagán á Melilla. (Vanse.)

ESCENA X

ZILDA y TEODORO por la derecha

ZIL. No hay tiempo que perder, noble cristiano.
La noche va su manto descorriendo
y es necesario entrar en esa torre,
si al capitán francés salvar queremos.

TEOD. De entre las garras de la fiera indómita
que de terror te llena, vive el cielo
le he de arrancar, suceda lo que quiera
para que tú en tus brazos puedas verlo
Que aunque sucumba yo, nada te importe
si tú logras así tu amante anhelo.

ZIL. ¡Oh, no! Jamás. ¡Tu vida es tan preciosa
como la suya para mí y no quiero,
que tú por mí la pierdas!

TEOD. Nunca, Zilda.
Ya para mí en la tierra no hay consuelo,
pues muerta la esperanza halagadora
que alucinó mi mente unos momentos
cuanto en redor de mí se agita y vive,
cuanto mis ojos ven, me infunde miedo.

ZIL. ¡Ya te comprendo!

TEOD. ¿Sí? ¿Tú me comprendes?
¿Es verdad lo que dices ó es un sueño?
Por tu Dios, no te calles. No me importa
escuchar de tí misma, que en tu pecho
de otra pasión sentiste el dardo agudo.

No me importa que otro hombre te ame
[ciego
quizá con más derecho á tu cariño.
Lo que me importa Zilda, y lo que quiero,
es oir de tus labios una frase
de compasión, no más, y estoy contento.
Eso, mi dicha, por fortuna, labra.
Y si la muerte cruel, me hiere luego,
me alegraré, porque á vivir odiando,
es mil veces mejor morir queriendo,

ZIL. Mira mi llanto y no me martirices
pues harto está diciendo mi silencio.

TEOD. ¡Calla!

ZIL. ¿Qué es eso?

TEOD. Alguno se aproxima.
¡Son cuatro moros!

ZIL. No perdamos tiempo
y á la torre en seguida.

TEOD. Sí, á la torre...

ZIL. Que nuestros Dioses quieran protegernos.
(Vanse por la derecha arriba.)

ESCENA XI

MIGUEL, PULGARILLO y los SOLDADOS

(Música en la orquesta. Los cuatro salen cubiertos completamente con jaiques y las capuchas echadas á la cara para que no se les conozca y con misterio llegan á la torre. Llaman. Les abren y entran, volviendo á cerrarse la puertecilla. Encomendado lo cómico de esta pasada á los actores

CUADRO TERCERO

Plataforma de la torre. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda con cerrojo. Muralla al fondo. La escena aparece sola y alumbrada por la luna. A lo lejos se divisa un monte.

ESCENA XII

ABD-EL-AMIR y MIGUEL de moro

Música

Aparece la escena sola y se oye dentro la canción da Renán

RENÁN (Dentro.)

Pobre del que en prisiones
cautivo gime
y así el día se pasa,
la noche triste.
Sin otras esperanzas
que le consuelen
que las de ver un día
llegar la muerte.
Bendita sea,
bendita sea
si ha de romper los hierros
de mis cadenas.

Hablado

ABD. (Que sale con Miguel por el foro izquierda.)

No tengo más que decirte
y sabes cuál es tu puesto.
Que la vida del francés,
que está en esa torre preso,
á nosotros más á que nadie
nos interesa en extremo,

pues si rescatarle quieren
el rescate será bueno.
Alah, te guarde. ¡Ah! Si acaso
ves brillar en aquel cerro
una hoguera, avisa al punto,
que es señal de que debemos
estar prontos al combate
que inicien los cabileños.
(Vase por la derecha.)

MIG. (Después de una pequeña pausa y volviéndose frente al público y descubriéndose.)
Bien. Pues aquí estamos todos.
Me parece que mi aspecto
y mi apostura, no pueden
ser mejor. Mas no las tengo
todas conmigo, soy franco
y así un remusguillo siento,
que por lo que me figuro
se parece mucho al miedo.
¡Yo en un moro convertido!
¡Y que debo estar al pelo
cuando Abd-el-Amir, el jefe,
no se ha presumido ni esto!
Gracias á que yo no he dicho
esta boca es mía el tiempo
que conmigo ha estao hablando.
Aunque tampoco por eso
me hubiera apurado mucho
porque le digo muy serio:
Jamalají, jilimojilí
y *alcuzcuz* y le convenzo
de que soy un un zancarrón
desde la planta al cabello.
La idea de Pulgarillo
fué excelente, ya lo creo.
Matar á los cuatro moros
y ocupar luego su puesto
para librar al francés...
Bien, hasta aquí todo es bueno,
no hay duda. Pero, ¿y ahora?
De que medio nos valemos
para conseguir... ¡Qué diablos!
Eso lo veremos luego.
Por lo pronto, yo le saco

ahora mismo de su encierro
y á vivir. Abro la jaula,
y al pajarillo liberto.
(Se dirige á la puerta de la izquierda y descorre el cerrojo.)

ESCENA XIII

DICHO y RENÁN, luego OMAR

MIG. (Abriendo la puerta.)
Jamalá.
RENÁN (Saliendo.)
¿Qué es lo que quieres?
MIG. (Haciendo un saludo exagerado con los brazos cruzados.)
¡Alah!
RENÁN No guardes silencio
y si vienes á anunciarme
el fin de mi cautiverio,
la muerte, que es lo que ansío,
habla, la aguardo sereno.
MIG. ¡Alah! (Lo mismo que antes.)
RENÁN ¡Callas!
MIG. (Pues, señor,
soy un moro hecho y derecho
cuando éste nada sospecha.
¡Pero no hay que perder tiempo,
no vaya á volver el otro!)
(Miguel mira por todas partes y de pronto se acerca á Renán.)
¡Señor capitán!
RENÁN ¿Qué es esto?
MIG. (Bajando la capucha.)
Soy un soldado español.
RENÁN ¿Qué dice?
MIG. (Sin dejar de subir y bajar mirando á todas partes y con misterio.)
Y le salvaremos,
porque si me he disfrazado
de zancarrón, es para eso.
RENÁN ¿Será posible?
MIG. Cabales.

Igual que mis compañeros
Pulgarillo, Berruguete
y Alcaparrón.

RENÁN — Mas...

MIG. — Silencio,
y espere usted que yo vea
por donde escapar podemos.
(Sube al foro y mira por la muralla.)
Por la muralla es inútil
porque está muy alta. ¡Cuerno!
Un moro. Escóndase usted,
no vayamos á perderlo
todo de una vez.
(Renán se va á dirigir al encierro y Miguel le detiene.)
Ahí no.
(Le coge y le conduce á la derecha.)
Estese usted ahí.
(Se oculta en la derecha primer término.)
Ya veremos
como salimos del paso.
¡Otra vez al fingimiento!
(Se cubre con el jaique y se pone la capucha, cuadrándose al lado de la puerta izquierda.)

OMAR — (Que sale por el foro izquierda y se dirige á Miguel.)
Centinela. Voy á ver
un instante al prisionero
de parte de Abd-el-Amir.
Abreme al punto su encierro.
(Miguel, sin hablar palabra, saluda con los brazos cruzados y abre la puerta de la torre. Omar entra y Miguel cierra echando los cerrojos.)

MIG. — Anda, que pa rato tienes
si quieres salir de ahí dentro.
Este ya no nos estorba.
Venga usted.
(Dirigiéndose á donde está Renán.)

RENÁN — Pero, ¿qué has hecho?

MIG. — Quitarnos uno de encima.
Por ese lao ya no hay miedo...
¡Mira tú si yo pudiera
encerrar al otro perro!

RENÁN — Chito.

MIG. — ¿Otra vez?

RENÁN — Se abre el piso.

MIG. Eso sí que no lo entiendo.
RENÁN Si es una trampa.
MIG. ¿Una trampa?
Pues yo no la pago.
RENÁN ¡Quieto!
(Se abre la trampa que habrá al foro derecha y por ella salen Zilda y luego Teodoro.)
ZILDA (Bajo á Teodoro.)
Sube.
MIG. La judía y mi amo.
Esto ya tiene otro aspecto.

ESCENA XV

DICHOS, ZILDA y TEODORO. Así que han subido vuelven á cerrar la trampa

RENÁN (Corriendo á abrazar á Zilda.)
¡Zilda!
ZILDA ¡Mi Renán!
TEOD. (Al ver á Miguel.) ¡Un moro!
MIG. (Echándose atrás la capucha.)
¡Pero de pega!
TEOD. ¡Qué veo!
Miguelillo aquí.
MIG. A la orden,
mi capitán.
RENÁN Quiso el cielo
que él rompiera mis cadenas,
para que yo, amante dueño,
volviera á verte en mis brazos.
ZILDA A este bravo oficial debo
yo también el que me veas,
y de tí, Renán, espero
que como hermano le mires
desde este mismo momento.
RENÁN ¡Oh, sí, mis brazos son suyos!
TEOD. ¡Me honro con placer en ellos!
(Se abrazan.)
MIG. Francia y España abrazadas.
A ver si este abrazo luego

nos cuesta un disgusto, por
ser unos primos.

ZILDA — El tiempo
no malgastemos en vano.

MIG. — Sí, dice muy bien; marchemos.

RENÁN — Vamos.

ZILDA — (Acercándose á la trampa y bajándose al suelo á escuchar.)
Esperaos.

TEOD. — ¿Suben?

MIG. — Sí. Se oye hablar á esos perros.

ZILDA — ¡Estamos perdidos!

TEOD. — ¡No;
que aun podemos defendernos
y dar nuestras vidas caras
si es necesario!

MIG. — ¡Escondeos,
que ya están aquí.

ZILDA — (Guiándoles al foro izquierda.)
Venid.

MIG. — (Cubriéndose con el jaique y colocándose al lado de la puerta de la izquierda.)
Está de Dios que yo tengo
que seguir heciendo guardia
de honor á ese sarraceno.

ESCENA XVI

DICHOS, ABD-EL-AMIR, dos MOROS y PULGARILLO, y los dos soldados disfrazados; luego TEODORO

ABD. — (A los tres primeros.)
Esperad allí vosotros.
(Pulgarillo y los dos soldados se van por el foro izquierda.)

MIG. — (¡Los van á ver, Dios Eterno!)

ABD. — (A los otros dos.)
Vosotros ahí, porque pronto
veremos brillar el fuego
de la hoguera, y es preciso
que á los nuestros ayudemos.
(Vanse los dos por la derecha.)
¿Qué hará Omar que no ha bajado?

(A Miguel.)
¿Has visto salir de ahí dentro
á Omar?
(Miguel dice que sí con la cabeza.)
¿Se marchó?
(Miguel vuelve á decir lo mismo.)
¡Me extraña!
(Abd-el-Amir se queda un momento pensativo.)

MIG. (Como quiera entrar, le encierro
también y que se diviertan
los dos jugando al *Te veo.*
(Abd-el-Amir se va á dirigir á la puerta izquierda, pero se detiene, vacila y desiste, yéndose al foro.)
¡Ay, que sí, qué sí va á entrar!
¡Nada, no cae en el cepo!)

ABD. Aun la hoguera no aparece
y está clareando el cielo.
¿Habrán quizás desistido?

TEOD. ¡Atrás! (Saliendo por la izquierda.)

ABD. ¿Quién?

MIG. (¡Anda salero!)

ABD. ¿Qué buscas aquí? ¿Quién eres?

TEOD. Un capitán del ejército
español.

MIG. (¡Se armó la gorda!)

ABD. ¿Por dónde has entrado?

TEOD. Eso,
ni lograrás que lo diga
ni te hace falta saberlo.

ABD. Por el Profeta que dudo
si sueño ó estoy despierto.

MIG. (Me las guillo con los otros
porque esto se pone serio.)
(Disimulando y procurando que no se aperciban se va por el foro izquierda.)

TEOD. No sueñas. Es realidad.
Estoy frente á tí.

ABD. Ya veo
que eres demasiado franco.

TEOD. Y temerario en extremo.

ABD. Mucho en tu valor confías.

TEOD. Menos aun de lo que puedo.

ABD. ¿Y á qué vienes?

TEOD. A buscarte.

ABD. ¿Qué es lo que quieres?
TEOD. ¿Qué quiero?
Que por buenas ó por malas
me entregues en el momento
al capitán valeroso
que aquí tienes prisionero!
Que le dejes franco el paso,
que desistas de tu empeño
de atacar á los franceses
unido á los kabileños.
Que abandones esta torre,
que te vayas tierra adentro
con tus hordas africanas,
ó aquí mismo, vive el cielo,
tu tumba encuentras. Ya sabes,
moro, todo cuanto quiero.
ABD. Me río de tus palabras
y desprecio tus denuestos
como á tu raza, cristiano,
con toda mi alma desprecio.
Tus hermanos, hace siglos,
la espada y la cruz blandiendo,
la ruina de nuestras casas
y de nuestros campos fueron,
después que les dimos ciencias,
artes, tesoros inmensos,
que ellos luego derrocharon
y torpemente perdieron.
Esto que hicísteis entonces
hacerlo intentáis de nuevo
pretendiendo gobernarnos
y darnos leyes, fingiéndonos
amistad, protección, vida.
Pero para qué, si luego,
como justa recompensa
de todo lo que habéis hecho,
cada cual ha de arrancarnos
un girón que nuestro cuerpo
deje desnudo. Eso, nunca;
la guerra santa primero.
La muerte, mil veces, antes
que doblegar nuestro cuello
y entregar nuestros hogares
á merced del extranjero.

TEOD. Muy bien. La sangre africana
tu rostro ha ido enrojeciendo,
y á borbotones pretende
salir por tus ojos, ciegos
de coraje y de soberbia.
Sí, soberbia y oye atento
porque voy á contestarte,
ya que te empeñas en ello.
¿Me quieres decir, iluso,
que es lo que lográis haciéndonos
la guerra de esa manera?
Devastar el fértil suelo
que á fuerza de mil sudores
os proporcionó el sustento.
Ver vuestra casa hecha ruinas,
vuestras esposas gimiendo,
vuestros hijos implorando
la caridad, y en el pecho
vosotros, una ancha herida
que tardará mucho tiempo
en cicatrizarse! ¿Callas?
¿Nada me contestas á eso?
Dejad el rencor á un lado,
tirad las armas al suelo,
coged el arao, la azada,
levantad fábricas, centros
de instrucción, y ebrios de gozo,
dejad que el campo desierto
la locomotora cruce,
porque es quien viene á traeros
acortando las distancias
la felicidá, el sosiego,
la riqueza, la alegría,
la cultura y el progreso.
Eso es lo que Europa quiere
para vosotros, que ciegos
por la barbarie alentados
hoy no queréis comprenderlo

ABD. Es necia palabrería
que en mí jamás hizo efecto.
(En el monte lejano aparece la hoguera.)
¡La hoguera! Con ansia loca
la esperaba. Más no hablemos,
cristiano, y al campo baja,

porque no quiero aquí dentro
asesinarte. Ya ves
mi nobleza.

TEOD. Ya lo veo.
Pero de aquí no me marcho
si tú no te entregas.

ABD. ¿Eso
me pides?

TEOD. Y he de lograrlo.

ABD. No lo esperes.

TÉOD. Lo veremos.

ABD. ¡A mí los hijos de Islam!
(Salen Miguel y dos soldados por el foro. Pulgarillo y dos moros más por la derecha.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, RENÁN, MIGUEL, SOLDADOS, PULGARILLO, MOROS y luego ZILDA

ABD. Estás solo y no te temo.

RENÁN (Saliendo.)
¡No está solo por fortuna!

ABD. ¿Qué estoy viendo? ¡El prisionero!
¡A ellos!

MIG. (Quitándose el jaique; los soldados lo mismo, y apuntándoles con los fusiles.)
¡Eh! Poquito á poco,
que estamos aquí...

ABD. ¡Qué es esto!

MOROS } ¡Traición!
ABD. }

ABD. ¡Antes morirás
á mis manos!
(Saca una pistola. Va á disparar y Pulgarillo se arroja á él matándole con un cuchillo.)

PUL. ¡Lo veremos!
(Abd-el-Amir cae muerto.)

TEOD. ¿Qué has hecho?

PUL. Darle catite.

MIG. Eres un hombre completo.
(Dándole la mano.)

ZIL. ¡Renán! ¡Teodoro!
MIG. Y ahora,
¿qué es lo que se hace con estos?
TEOD. Atadlos. (A los soldados.)
MIG. Cá, no. Es mejor
enchiquerarlos ahí dentro
con el otro.
(Miguel y los soldados les encierran en la torre.)
ZIL. Jehová
nos ha salvado.
(En el fondo se ve el resplandor de un incendio. Toque de ataque lejos.)
TEOD. ¿Qué es eso?
PUL. (Subido en la muralla del fondo.)
Un aduar que han incendiao
los franceses, porque huyendo
van los moritos. ¡Qué lástima
no encontrarse allí con ellos
para atizarles candela.
MIG. (Subiendo á la muralla.)
¡Duro!
ZIL. El Dios de los ejércitos
vuestra causa favorece,
cristianos.
TEOD. Quieran los cielos,
que en bien de la Europa sea,
de la paz y del progreso.

FIN

Precio: UNA peseta